

ciones y exterioridades. Está enhorabuena pronto para todas las obras de virtud; pero nunca te entregues tan del todo á la acción, que pierdas de vista la soledad del corazón. ¡ Cuantos equivocan cierta vivacidad y actividad natural con el verdadero fervor y con el verdadero zelo! Acuérdate que el interior es el alma de toda devoción.

2 Los que trabajan en la salud de los prójimos están mas necesitados que otros de esta importante lección. Hállanse ciertos operarios apostólicos que están inquietos si no hacen ellos solos lo que excede las fuerzas de muchos; pero si en esa inmensa multitud de buenas obras y de ministerios se olvidan de su interior; si con el especioso pretesto de sus ocupaciones son menos observantes, faltando á la disciplina religiosa; si fomentan su amor propio, y acaso tambien su vanidad; si ceban la sensualidad y la delicadeza con pretesto de conservar una salud tan importante, mucho es de temer que salvando á otros, se pierdan á si mismos. Para evitar este escollo trabaja con zelo y con fervor en la salvación del prójimo; pero no descuides de la tuya conservando siempre un espíritu de soledad y un espíritu interior.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

SAN WENCESLAO, duque de los bohemos y mártir, glorioso por su santidad y por sus milagros, en Bohemia; el cual habiendo sido muerto en casa de un hermano suyo, alcanzó victorioso la palma del martirio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN PRIVATO (ó PRIVADO), mártir, en Roma; quien estando cubierto de llagas, fué curado por S. Calixto papa, y despues en tiempo del emperador Alejandro, por confesar á Jesucristo, le azotaron con cordeles emplomados hasta que murió.

SAN ESTACTEO, mártir, allí mismo.

LOS SANTOS MARTIRES MARCIAL, LORENZO Y OTROS VEINTE, en Africa.

LOS SANTOS MÁRTIRES MARCOS, pastor de ovejas, y sus hermanos ALFIO, ALEJANDRO Y ZOSIMO; y tambien NICON, NEON, ELIODORO Y OTROS TREINTA SOLDADOS, en Antioquia de Pisidia; los cuales se convirtieron á la fe de Jesucristo por los milagros de S. Marcos; en diversos lugares y con diversos tormentos fueron coronados con el martirio.

EL TRÁNSITO DE SAN MAXIMO, mártir, en el mismo dia, en tiempo del emperador Decio.

SAN EXUPERIO, obispo y confesor, en Tolosa; del cual para gloria suya escribe S. Jerónimo que era muy medido y escaso para si, y muy liberal para los demás.

SAN SALOMÓN, obispo y confesor, en Génova.

SAN SILVINO, obispo, en Brescia.

SANTA EUSTOQUIO, virgen, hija de Sta. Paula, en el mismo día; la cual habiéndose criado con otras virgenes junto al establo donde nació el Señor, resplandeciendo por sus grandes méritos durmió en el Señor. (Véase su historia en las de este día.)

SANTA LIoba, virgen, célebre por sus milagros, en Alemania. (A ruegos de su pariente S. Bonifacio de Maguncia, pasó á Alemania y fundó allí varios monasterios, quedándose ella en uno, á dos leguas de Maguncia. Carlo Magnó la veneraba y estimaba mucho, y su esposa Hildegardis la llamó á Aix-la-Chapelle para consultarla acerca de muchos asuntos importantes. Murió en el año 779.)

EL BEATO SIMON DE ROJAS, CONFESOR.

Como la Iglesia de Dios es comparada en las sagradas letras á una casa grande, cuyos individuos tienen diversos oficios en que emplearse, así tambien se verifica que los Santos, quienes cumplen las funciones mas augustas de esta gran casa, resplandezcan en diversas virtudes, que á cada uno de ellos le dan su cierto carácter y le singularizan. El beato Simon de Rojas parece que fué dado á la Iglesia para promover el culto y devocion del dulcísimo nombre de María; esta ocupacion es la que forma su carácter; pero no se redujeron á ella sola los oficios de su portentosa vida, que es como sigue.

Nació este gran siervo de Dios en la ciudad de Valladolid á 28 de octubre de 1552, de padres no menos ilustres por la nobleza de su sangre, que por la piedad de sus costumbres. A los catorce meses de haber nacido, cuando los niños dificultosamente aciertan á formar palabra alguna, dijo con la mayor claridad y distincion: *Ave Maria*, como en anuncio del singular esmero con que habia de promover el culto de la Reina de los ángeles. Este hecho verdaderamente maravilloso despertó el cuidado de sus padres para procurar darle una educacion correspondiente á los altos designios que ya delineaba en él la divina Providencia. Mirábanle con singular respeto, y sus acciones estaban adornadas de tal modestia y compostura, que se dejaba entrever fácilmente que Dios habia destinado aquel niño para grandes cosas. Luego que tuvo la edad proporcionada para recibir las lecciones de los maestros, se los procuraron, y el santo niño habia recibido del cielo un entendimiento tan claro é ingenio tan perspicaz, que apenas tenia doce años cumplidos cuando ya sabia no solamente leer, escribir y contar, sino la gramática y la retórica.



EL B. SIMON DE ROJAS, C.

Como á la verdad semejantes conocimientos no eran vulgares en una edad tan tierna, todos aplaudian las virtudes intelectuales del santo niño; pero el que estaba elegido de Dios para ser un vivo dechado de todas las virtudes, se abismaba dentro de sí mismo, reconociéndose indigno de los elogios que le tributaban, y atribuyendo á Dios, autor de todo bien, lo bueno que en él se encontraba. Estos aplausos y el peligro que traian consigo hicieron temblar la purísima inocencia del santo niño, y comenzó á conocer cuan nocivo es el mundo á los que quieren servir á Dios aun cuando mas apacible y benéfico se les muestra. Conoció que no podria tener seguridad en un mar tan tempestuoso, y que el medio mas oportuno para librarse de sus peligros era abandonarlo enteramente acogiéndose con celeridad á un puerto seguro. Consultó con Dios su determinacion; y hallando que su divina Majestad la aprobaba, segun lo declaró por medio de sus ministros, dió parte de ella á sus padres, quienes no pudieron menos de conocer que aquel era un llamamiento de Dios, á cual debian conceder todos los auxilios. Hicieron las diligencias necesarias, y tomó el hábito de religioso en el convento de la santísima Trinidad de Valladolid cuando apenas tenia trece años. A poco tiempo que estuvo el Santo en el noviciado conocieron los religiosos que Dios habia traído á su órden un rico tesoro de virtudes. Haciaselo conocer así la puntualidad con que asistia á todas las observancias, el placer que manifestaba en los ejercicios humildes, y el esmero con que procuró enterarse de las multiplicadas obligaciones de aquel estado que habia de profesar á su tiempo. Llegó éste, é hizo su profesion con aquel fervor de espíritu que era consiguiente al que le habia traído á la religion, y los religiosos quedaron sumamente complacidos de ver ya asegurada una persona que tanto lustre podria dar con el tiempo á su familia. Para este efecto le enviaron sus prelados á estudiar artes y teología, en lo cual manifestó á un tiempo el gran talento de que Dios le habia dotado, y principalmente el santo fin á que se dirigian sus estudios. Ordenaba éstos á su propia santificacion y al provecho de sus prójimos; y así, lejos de servirle para hincharse con aquel orgullo que produce la vana sabiduría, causaban en él nuevos conocimientos de las grandezas de Dios que le escitaban al ejercicio de las virtudes. Tanto sus condiscípulos como sus maestros admiraban en el santo jóven la viveza de ingenio con que penetraba las cuestiones mas difíciles y enredosas; pero mas principalmente admiraban en él un tenor de vida sacrificado enteramente á la piedad.

En este tiempo llegó el Santo á la edad que requieren los sa-

grados cánones para recibir el sacerdocio. Preparóse para esta sublime dignidad con fervorosa oracion y copiosas lágrimas, y cuando la hubo recibido, solicitó de sus superiores que le permitiesen ir á decir la primera misa al santuario de nuestra Señora de las Virtudes, que es un convento de la misma órden que está en un desierto pocas leguas distante de la ciudad de Salamanca. Detúvose en aquel santuario algunos dias para satisfacer su tierna devocion, y habiendo proseguido los estudios, fué destinado al convento de Toledo á enseñar filosofia en el año de 1579. Su magisterio no se reducía precisamenté á enseñar las especulaciones de la naturaleza, sino la ciencia de los Santos fundada en el temor de Dios. Los muchos y sobresalientes discípulos que sacó, tanto en ciencia como en virtudes, son la prueba mas auténtica del esmero que en esto ponía. Entre ellos se cuentan el maestro Reynoso, que murió obispo de la Nueva Segovia; el maestro Nuñez, obispo de Nicaragua; el maestro Monroy, muerto en Argel por la fe de Jesucristo, y otros insignes varones nada inferiores á éstos en la ciencia y en la virtud. Luego que concluyó de leer artes y teología, sumamente complacido de haber sacrificado en esto á la obediencia los principales deseos de su alma, se determinó á poner éstos en ejecucion. Reducíanse á procurar la salud de sus prójimos por medio del ministerio de la palabra, y administrando dignamente el sacramento de la penitencia. Como estaba adornado de todas las prendas que constituyen un predicador evangélico, era admirable el fruto que hacia con sus sermones. La sublime ciencia que habia conseguido por medio de sus estudios, y mucho mas en la oracion y trato con Dios, le hacia hablar con una dignidad asombrosa de los divinos misterios. Por otra parte, sus sermones no constaban de aquel aparato de palabras y cúmulo de erudicion con que parece que los predicadores pretenden elogiarse á sí mismos cuando enseñan al pueblo las virtudes de los Santos y las reglas de la moral evangélica. Sus discursos tenian únicamente el aparato de la sencillez y el lenguaje de la verdad. Su misma virtud, que era una virtud sólida, los daba nuevo vigor y eficacia; y así sucedia, que prorumpiendo el Santo en lágrimas al tiempo de declamar contra algun vicio ó de presentar la amabilidad de la virtud, salian de sus sermones los pecadores arrepentidos y los buenos mas enfervorizados. Iguales progresos hacia en las almas en el tribunal de la penitencia, pues como hábil maestro y médico consumado, á unas las enseñaba los caminos de la virtud, y á otras las aplicaba remedios saludables para sanar de las llagas que los vicios habian hecho en ellas. El

visible aprovechamiento que producía su dirección le hacia ser buscado de todos, de unos para que les dirigiese en sus dudas, y de otros para que con la imposición de sus manos les sanase de sus dolencias; pues ya iba Dios manifestando con sus acostumbradas maravillas cuan grata le era la intercesión de este siervo suyo.

Aunque procuraba ocultar su virtud á los ojos del mundo como quien conocía cuanto tienen de contagiosos para inspirar la peste de la vanidad, sus acciones eran notoriamente santas, que en esta parte hicieron traición á sus deseos. Divulgóse la fama de sus virtudes por toda la provincia, y como había muchos conventos que anhelaban á mantener la rigidez de la primitiva observancia, solicitaron y consiguieron para este fin tenerle por prelado. A los ojos de los Santos tienen las prelacías distinto parecer que á los de los ambiciosos. Estos las miran como lugares de delicia en donde pueden dar satisfacción á sus pasiones con la libertad que les proporcionan la autoridad y la independencia; pero los justos las ven como realmente son: esto es, como cargas pesadas, como escollos peligrosos y como empleos que les hace responsables de los delitos ajenos. Escusóse el Santo cuanto pudo para no recibir sobre sí empleos en que podía peligrar la salvación de su alma. Hizo todas aquellas representaciones que dictan en semejantes casos la humildad, el temor de desagradar á Dios y el deseo de mantener tranquila la conciencia; pero estrechado por el precepto de los superiores, tuvo que recibir sucesivamente varios ministerios en varios conventos, el oficio de visitador de diversas provincias, y últimamente la dignidad de provincial de su provincia de Castilla. El que de súbito resplandecía tan singularmente en todas las virtudes, no brilló menos cuando puesto como antorcha en el candelero se vió precisado á ilustrar á los demás con las luces de su ejemplo. Nada mandaba en que no fuese él el primer ejecutor; era el primero en la asistencia al coro y á todos los actos que prescribe la observancia, sin que jamás faltase á ninguno á no estar impedido en algun ejercicio de caridad. Era benignísimo con sus súbditos, y si tal vez los defectos de éstos le obligaban á usar de la corrección ó del castigo, lo hacia con tal dulzura de razones, que al tiempo que quedaban enmendados, quedaban tambien persuadidos á que en su prelado tenían un verdadero padre que amaba sus personas tanto como aborrecía sus trasgresiones. Deseaba el Santo que cada convento fuese un seminario de virtudes, y como para lograr este efecto es el ejemplo tan poderoso, él mismo las practicaba todas, haciéndose el maestro de sus súb-

ditos. Su retiro era estremado; igualmente lo era su silencio, empleando el tiempo que le sobraba de los precisos negocios, en la oración y en la lección de libros devotos. De aquí salía tan compuesto y edificado en sus acciones, que al verle les parecía á todos un ángel del cielo. Parecíaseles tambien en la angélica virtud de la castidad, bien que procuraba custodiarla con todos los rigores de una vida austera. Aun desde muy jóven ayunaba tres veces á la semana, sin tomar otro alimento que pan y agua. Lo mismo hacia en el adviento, en la cuaresma y en las vigiliás del año; y en los días restantes jamás comía otra cosa que yerbas y legumbres, añadiendo alguna vez por regalo particular un huevo; pero nunca carne. Dormía muy poco, y eso sin quitarse el hábito; asistía á los maitines á media noche, y el resto de ella lo gastaba en oración y otros ejercicios devotos.

Luego que amanecía celebraba el santo sacrificio de la misa con tal ternura y devoción, cual manifestaban sus ojos hechos dos fuentes de lágrimas. De allí salía tan encendido en el amor de Dios y de sus prójimos, que no cesaba de socorrerlos, unas veces asistiendo á las cárceles y á los hospitales, otras consolándolos en el confesonario, y otras, finalmente, solicitando de los fieles copiosas limosnas para socorro de los necesitados y redención de los miserables cautivos. En estos piadosos fines consumía cuanto podía haber á las manos, quedándose con una pobreza tan estremada, que no tenía mas que un solo hábito, y ese remendado, y unos ajuares en la celda mas propios para causarle mortificación que para traerle alguna conveniencia. Noticioso el rey Felipe III de las sublimes virtudes del santo Rojas, deseó tenerle cerca de sí para oír sus consejos en los asuntos importantes de estado. Insinuáronle al monarca que le diese algun empleo en palacio con lo que conseguiria su fin; pero conociendo mejor que los áulicos el carácter de la sólida virtud que resplandecía en el santo padre, respondió discretamente: *Este sería puntualmente el medio de alejarle para siempre de mi presencia; si es que ha de venir, no hay otro remedio sino que se lo manden sus superiores.* Tan resignada tenía su voluntad en las manos de la obediencia, y tan notoria era la exactitud con que la observaba, que no se pudo ocultar á los ojos del soberano. En efecto, en 1600 vino el beato Simon de Rojas á Madrid, en donde permaneció de continuo casi todo el resto de su vida. El desasosiego de la corte no pudo turbar un punto el tenor de los ejercicios en que se ocupaba en otros conventos. Ya se le veía en el púlpito, ya en el confesonario, unas veces en las cárceles, otras en los hospitales, y siempre empleado en be-

neficio de sus prójimos. Tenia suma delicia en aderezar y repartir por su mano una olla á los pobres menesterosos, para cuya limosna, si alguna vez le faltó el auxilio humano, no le faltó Dios con sus prodigios. En medio de este tenor de vida, que para un pobre ya anciano, y debilitado en las fuerzas corporales era una verdadera penitencia, era tal la austeridad con que trataba su cuerpo, que el no morir era un verdadero milagro. Además de los cilicios con que traía ceñido su cuerpo y las muchas disciplinas de sangre que tomaba, hacia diariamente esta horrorosa penitencia. Todas las noches despues de cantados maitines se bajaba al claustro en compañía de un confidente suyo, único testigo de su fervor. Hacíase atar á una columna, y que le diesen muchos azotes en memoria de los que habia recibido nuestro Redentor. Tomaba despues una cruz sobre sus hombros; fijábase en la cabeza una corona de tan penetrantes espinas, que le corria la sangre por el rostro; echábase un cordel al cuello, y puestas las rodillas desnudas en tierra andaba por el claustro las estaciones contemplando los tormentos que padeció Jesucristo, y que tan al vivo copiaba en sí propio. Acabadas las estaciones, tendía la cruz en el suelo, y echándose sobre ella, se hacia atar los pies y manos, y levantándola despues, quedaba por espacio de dos horas en aquella dolorosa postura hecho un vivo retrato de Cristo crucificado. Este género de penitencia causaba tales delicias en su espíritu, que ningun empleo ni ocurrencia fueron bastantes para que pensase jamás en dispensársela. Los ojos sensuales verian en este penoso ejercicio un medio de finalizar cualquiera vida, por robusta que fuese; pero Dios, que le daba espíritu para emprender tamaños rigores, le daba tambien fuerzas para sobrellevarlos sin menoscabo de su salud. Por el contrario, se hallaba todas las mañanas tan ágil y espedito para los negocios de caridad como si hubiese descansado en un delicioso lecho.

Un cúmulo de virtudes tan singulares no pudieron ocultarse á los ojos de los soberanos por mas que el Santo lo procuraba. Un amor tan singular á sus prójimos, confirmado con las obras; una pobreza y desinterés tan poco comunes en los que tienen valimiento en la corte; y últimamente, la imágen de la penitencia que llevaba pintada en su rostro, eran suficientes para hacer su fama eterna y conciliarle mal su grado las atenciones y respetos de todos. Pero á todo se juntaba en el beato Simon la discrecion de espíritus, el don de profecía, la penetracion de corazones, y otras gracias con que adornó Dios á su siervo, y son por lo comun indicios de grande virtud. Por esta causa Felipe III y

su esposa Margarita le veneraban de tal modo, que le consultaban en los negocios mas arduos del estado, y ponian en sus manos muchas veces la direccion de sus conciencias. Principalmente el rey llegó á tenerle tanto respeto, que le veneraba como á santo, y cuando desde su cuarto pasaba el beato Rojas al de la reina, el mismo monarca le acompañaba, y le tenia la cortina para que pasase. Complaciase además en visitar al Santo en su celda, llevando consigo á los príncipes sus hijos, haciéndolos notar la pobreza de aquel santo religioso, y mirando él con envidia aquellos miserables ajueres que le habian de producir mas gloria que á él su palacio y sus riquezas. Alguna vez asistió tambien el monarca á ver repartir al Santo aquella comida que daba á los pobres en los claustros de su convento: alabando unas veces la singular caridad de donde nacia, otras la singular devocion que en aquel acto se manifestaba á la Reina de los ángeles ensalzando de continuo su santo nombre, y otras en fin, la discrecion y prudencia con que hacia aquellas limosnas, no para criar holgazanes que sobrecargasen al estado, sino para alimentar á soldados inválidos que habian perdido sus miembros peleando en Africa contra moros, ó en Flandes contra los enemigos de la Iglesia. Esta devocion la miraba el Santo con tan singular inclinacion y cariño de su alma, que no perdía proporcion alguna de establecerla, uniéndola á la congregacion del Ave Maria. Era en esto tan eficaz, que en pocas horas que permaneció en la ilustre villa de Colmenar de Oreja, pasando por allí cuando venia llamado de los reyes, fundó la congregacion del Ave Maria, á la cual han unido despues los piadosos corazones de aquellos honrados vecinos la caritativa accion de dar limosna á setenta y dos pobres, que es el modo con que hasta este dia celebran la fiesta del Beato.

De cada dia se iba aumentando la veneracion que le tenia Felipe III, y de cada dia crecian mas las maravillas con que Dios hacia gloriosa su fama. Una de ellas se vió en la muerte de la reina. De resultas de un mal parto, acometió á aquella princesa un paroxismo tan mortal, que todos llegaron á creer se habia acabado su vida. El rey principalmente, como tan piadoso, estaba sumamente acongojado por verla morir sin haber recibido los santos Sacramentos. Significó su dolor al beato de Rojas, y el Santo le consoló, asegurándole que no permitiría Dios que muriese la reina sin ese consuelo. Fuése inmediatamente á su cuarto, y al entrar en él dijo en alta voz, como tenia de costumbre, *Ave Maria*. La reina, como si despertára de un sueño, respondió inmediatamente: *Gratia plena, padre Rojas*:

recobró todos sus sentidos, y habiendo recibido todos los sacramentos de la Iglesia, descansó en el Señor, asistiendo el Santo á su cabecera hasta que verificó su muerte. Conociendo el monarca el mérito del Santo, pretendió premiarle haciéndole obispo de Jaen, y despues de Valladolid; pero jamás pudo conseguir que aceptase semejante dignidad, oponiendo siempre su ineptitud y el peligro de su alma. Como el rey le amaba tanto, convino fácilmente en no darle este disgusto; pero en recompensa le pidió que aceptase el cargo de preceptor de los señores infantes sus hijos. Convino el Santo en ello; pero nombrándole al año su religion provincial de Castilla, renunció un cargo tan honroso por servir á sus hermanos, cumpliendo con la profesion que habia hecho. En el año de 1622 llevó Dios á mejor vida al rey Felipe III; y habiéndole nombrado el rey Felipe IV por confesor de su augusta esposa D.^a Isabel de Borbon, tuvo el valor de no admitir tan grande honra sino con ciertas condiciones. La primera, que no se le habia de impedir la visita de cárceles y hospitales, la asistencia á los enfermos y el socorro de los necesitados. La segunda, que no se le habia de precisar á admitir los honores y distinciones de que gozaban los confesores de las reinas, en cuya consecuencia ni habia de gastar coche, ni se le habia de dar el trato de reverendísima. La tercera condicion fué, que no habia de cobrar pension alguna, y oponiéndose á esto la reina, solo convino en que la habia de cobrar para repartirla á los pobres. Este santo desinterés le conservó con el mayor rigor en medio de la privanza que tenia con los soberanos, y lo mucho que éstos deseaban concederle mercedes. Jamás pidió ninguna para sus parientes ni amigos, y mucho menos para los conventos de su religion. En solas dos cosas hizo que se interesasen los monarcas. Como el Santo era tan sumamente devoto de María Santísima, siendo su santo nombre el mas continuo empleo que habian tenido sus labios desde la cuna, procuró dilatar su devocion por todos los medios posibles. Uno de ellos fué la congregacion del Ave María, para cuya estabilidad y firmeza suplicó al rey que se alistase por hermano juntamente con los señores infantes, la cual pretension le fué concedida con gusto. Solicitó tambien que protegiese el rey la pretension de que en su órden se celebrase el dulcísimo nombre de Maria; y el piadoso monarca, que veia la tierna devocion de donde nacier semejantes solicitudes, no pudo menos de interesarse con el sumo pontífice para dar al beato Rojas este consuelo.

En este tiempo ya contaba el beato Simon de Rojas setenta y dos años de una edad gastada en el servicio de Dios, en el de

la religion, en provecho de sus hermanos, y en la práctica de las mas heróicas virtudes. Quería Dios premiar éstas, y dióselo á entender á su siervo. Esta nueva fué para el Santo la mas agradable y venturosa que habia tenido en toda su vida; y así determinó desde luego apartarse de todos los cuidados que le sobresaltaban para atender únicamente á sí mismo, y ponerse en estado de presentarse con confianza en el tribunal de la justicia divina. Despidióse de los reyes, de las damas de palacio, de sus hijas espirituales, y hasta de sus mismos hermanos los religiosos, diciendo á todos que se despedia para un viaje que tenia que hacer en breve. Oyéronlo con dolor, porque su ausencia les era sumamente sensible; pero á nadie le vino al pensamiento preguntarle qué viaje era aquel, bien ajenos de pensar que era el de la eternidad. A últimos de setiembre de aquel año fué acometido de un accidente de apoplejía que le privó de todos sus sentidos, y consiguientemente de la vida. Luego que se divulgó por Madrid acudieron á su celda grandes, títulos, obispos, caballeros ilustres y religiosos, y puestos de rodillas al rededor de su pobre cama, unos le besaban los pies y las manos, otros repartian entre sí en pequeñas partes los utensilios de su celda, y todos le aclamaban por santo. La reina cuidó de que fuesen los médicos de cámara á restablecer, si fuese posible, tan preciosa vida. Era llegada la hora en que Dios queria premiar las santas obras de su siervo fiel; y así, todas las humanas diligencias fueren inútiles; pues á las treinta horas de haberle acometido el accidente entregó su purísima alma en manos del Criador. Luego que supo la reina y la demás gente de palacio que habia muerto el padre Rojas, conocieron que este era el viaje para que se habia despedido, y no dudaron que Dios le habria hecho la merced de haberle revelado la hora de su tránsito. Hiciéronsele las exequias con grande concurso de gentes de la primera jerarquía y numeroso pueblo que á grandes voces publicaban su santidad. Justificada ésta con todas las formalidades debidas, y aprobados dos milagros que hizo Dios por su intercesion, fué beatificado por el papa Clemente XIII, en el año de 1766. Venérase su sagrado cadáver en una magnífica urna de plata que está colocada en el altar mayor de la iglesia de padres Trinitarios de Madrid, en donde dispensa Dios favores continuos á los que con verdadera devocion se encomiendan á la poderosa intercesion que este Santo disfruta con el Dios de misericordias.